

JOSÉ TERUEL
CARMEN MARTÍN GAITE
Una biografía

TUSQUETS
EDITORES

Prólogo. «Un pelirrojo de Ohio»	19
1. Antecedentes familiares de una escritora en ciernes Primera escena, 33 - La plaza de los Bandos, 36 - La rama de los Gaites, 42 - La rama de los Martín, 53 - Ana María, la hermana mayor, 64	33
2. Aquellos años de crisálida La Guerra Civil, 71 - 1936-1943. El bachillerato, 83 - 1943- 1948. Universidad de Salamanca. Ignacio Aldecoa, 91 - So- bre su currículo universitario y sus profesores, 95 - Cursos de verano en Coímbra y Cannes. El estallido de su primera juventud salmantina, 99 - Primeros poemas y cuentos, 103	71
3. «Decidí que no quería seguir viviendo en Salaman- ca». La calle de la Libertad De su segunda juventud madrileña. <i>El libro de la fiebre</i> , 111 - Noviazgo con Rafael Sánchez Ferlosio, 124 - La aventura de <i>Revista Española</i> : un cobijo provisional, 135	111
4. Octubre de 1953. Madame Ferlosio. Matrimonio, 141 - Un ático de la calle Doctor Esquerdo, 145 - Su primer libro en una librería: <i>El balneario</i> , 149 - La muerte de su hijo Miguel y el nacimiento de Marta, 154 - <i>Entre visillos</i> : una novela tres veces interrumpida. Escribir a escondidas, 157 - La noche del Nadal y sus coletazos, 164 - Madame Ferlosio, 172	141

5. Primeros síntomas de crisis matrimonial y separación conyugal	177
Una nueva colección de cuentos: <i>Las ataduras</i> , 177 - 1959.	
La resistencia al cambio. De una tentativa narrativa, <i>Ir viviendo</i> , a una confesión por persona interpuesta, <i>Ritmo lento</i> , 185 - La llamada del ensayo, 196 - Un cambio de rumbo narrativo: los archivos. El rompecabezas de <i>El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento</i> , 203 - Réditos literarios de <i>Macanaz</i> . Las confluencias entre ficción e historia, 212 - Separación de Rafael Sánchez Ferlosio, 216	
6. Lo que transita entre el orden y el caos	229
<i>Usos amorosos del dieciocho en España</i> : de licenciada a doctora, 229 - «Para aquellas penas mías / no hubo bálsamo mejor», 235 - Gonzalo Torrente Malvido, 239 - <i>Retabílas y Fragmentos de interior</i> , 248	
7. Marta Sánchez Martín.	257
Hija, madre y amiga íntima, 257 - Cartas entre Calila y la Torci, 260 - Educación primaria y secundaria, 264 - En torno a «los nostromos», 266 - De la traducción y otros escritos de la Torci a «El pastel del diablo», 272	
8. Habitar la soledad.	283
1973-1983. Un decenio fructífero en el que emerge la ensayista, 283 - Articulista en <i>Diario 16</i> : 1976-1980, 284 - «Hablo con manzanas, no con ideas»: <i>El cuarto de atrás</i> , 297 - Un ensayo a lo gitano: <i>El cuento de nunca acabar</i> , 308 - Periplo norteamericano. La significación de Estados Unidos en su vida y obra, 322	
9. Carmen Martín Gaité, huérfila.	347
Enfermedad de Marta, 347 - La muerte de su segundo hijo con veintiocho años, 351 - Diego Lara, «detrás de mi modernidad, como madre y escritora», 358 - Vassar College, 362 - «El otoño de Poughkeepsie», 369 - <i>Una pena en observación</i> , 372	

10. La vuelta de Vassar	375
<i>Usos amorosos de la postguerra española, 375 - El regreso a Doctor Esquerdo y la brega con los fantasmas, 382 - Por la senda de los cuentos de hadas. Celia y Caperucita en Manhattan, 389 - Todo tenía que ver con la libertad, 396</i>	
11. Una escritura de supervivencia	403
<i>Cambios editoriales, 403 - Últimas novelas: ritmo de composición y de publicación, 409 - Materiales de derribo: la confirmación de una poética, 414 - El final contingente de toda narración. Los parentescos, 419</i>	
Apéndices	
Índice de fuentes primarias consultadas	431
Bibliografía	435
Notas	443
Agradecimientos	491
Créditos de las fotografías	493
<i>[Fotografías]</i>	<i>[12, 72, 230, 258, 348, 376, 404, 428; 128-129; 256-257; 384-385]</i>

En memoria de mi madre, Rosario Benavente,
por todas las historias que me contó
de aquellos años cincuenta
y cómo me las contó

La escritora posa en «la celda del Carmelo» o «el conventico» (estos fueron los nombres con los que su hija Marta bautizó esta pequeña habitación de Doctor Esquerdo, dada la cantidad de horas que su madre pasó allí, escribiendo los guiones sobre la vida de Teresa de Jesús para TVE; antes había recibido el apodo de «el submarino», ya que fue el refugio donde Rafael Sánchez Ferlosio se encerró con sus estudios gramaticales y así la llamaba por estar aislada de la luz natural con gruesas cortinas oscuras y, además, pintada de negro). La celda tenía un ventanuco a modo de torno que comunicaba con la cocina.

La imagen es suficientemente explícita del mundo que rodeaba a la escritora y su apego a imágenes de personas, personajes y objetos portadores de tramas de su propia biografía. Mientras redactaba El proceso de Macanaz recalcó en más de una ocasión que era un error interesarse solamente por una historia particular, sin referirla a sus continuas interferencias con la de los otros. En la pared figuran algunas fotos, postales y otros referentes que irán apareciendo a lo largo de esta biografía: el dibujo del naranjo de Rafael con marco rojo (hay otra lámina enmarcada de Emanuel Borja, que representa el esbozo de una mujer tendida), la niña Marta con su padre, una fotografía de las hermanas Martín Gaité durante los años de la guerra (de la que solo vemos una parte), la postal del obelisco sobre el elefante de Bernini en la romana Piazza della Minerva (donde residía la familia materna de Rafael y domicilio de sus primeros viajes a Italia), la estampa del rostro de Virginia Woolf (uno de sus grandes referentes literarios, junto a Natalia Ginzburg), la foto de la adolescente Marta que parece proteger a su madre (como aquella Effigie miracolosa

della Madonna delle Grazie, que Carmen envió a su entrañable amigo Ignacio Álvarez Vara), el diminuto retrato de las tres hermanas Brontë pintado por su hermano Branwell, la figura inclinada sobre una chincheta de don Miguel de Unamuno (el primer escritor que posó su mano sobre la cabeza infantil de Carmina en la casa de la plaza de los Bandos), y las fichas manuscritas con advertencias, a las que fue tan aficionada y a las que nunca trató como remedios sino como sugerencias para el momento. Alguna casi se puede leer: «Entre mi mesa y yo no tiene por qué instalarse el infierno». Otra que está encima del ventanuco me la sé de memoria: «Hoy es tan tiempo como ayer. Mañana lloraré este día que no supe habitar. 2, diciembre 1972» (era su recado vitalista contra el culto a la nostalgia). Encima de esta ficha despunta su retrato: es la Martín Gaité de los años setenta, la que aprendió a habitar la soledad y la que escribió sus mejores novelas, mientras redactaba El cuento de nunca acabar. Se parecen y hasta coinciden en el gesto, pero es otro el aire de su rostro, manifestando que la fugacidad y la variabilidad es la esencia de lo que hemos llamado «identidad».

Las imágenes, como los recuerdos, se tambalean, se colocan sin orden ni concierto, se pegan con chinchetas a la pared o se agarran como lapas a la memoria, pero son testigos de una historia, eslabones de una continuidad perdida. Fuera de la pared vemos el conejo de trapo que le regaló José Luis Borau (Carmina conservó siempre una veta infantil para hacer del mundo un lugar más estimulante), un vaso de vino tinto («cómo llaman los ojos de un amigo reflejados en un vaso de vino», escribe en uno de sus Cuadernos, siempre había un cuaderno y un tintero sobre su escritorio), el teléfono negro con dial, probablemente de 1953, cuando ella y Rafael inauguraron el ático (solía tenerlo a mano por si necesitaba llamar a alguien, incluso a horas intempestivas, tirando de un listín de nombres que estaban bajo la «U de urgencias»: pudo ser muy absorbente en sus llamadas de requerimiento) y enseña sus piernas (siempre fue coqueta: le gustaba gustar).

Por su eficacia narrativa, he escogido esta imagen de Carmen Martín Gaité rodeada de huellas como cubierta introductoria para esta biografía. Toda fotografía es un certificado de presencia. Su rostro parece mirar lejos con gesto reconcentrado y soñador, pero yo creo

que en realidad ella no está mirando nada en concreto, solo retiene hacia dentro su amor y su miedo. Hay una paz embebida en su gesto. Tenía que seguir entendiendo con un cuaderno abierto que el mundo era algo más que la historia de una serie de sucesivas desapariciones. ¿De qué modo? La respuesta no es fácil: me temo que nos incumbe a todos.